

JJ BENÍTEZ
CABALLO
DE TROYA

CANÁ

Al leer *Caná. Caballo de Troya 9*, el lector llega a una conclusión: todo lo contado sobre Jesús de Nazaret conviene ponerlo en duda. La verdad, probablemente, fue más intensa e inquietante.

Si usted acierta a leer la primera línea de *Caná* no será por casualidad.

Y atención: sus principios se tambalearán.

EL ESPERADO DESENLACE DE LA GRAN SAGA CABALLO
DE TROYA.

A José Manuel Lara, mi editor, treinta años después. Él tampoco sabe que los «Caballos de Troya» han sido escritos para el futuro

SÍNTESIS DE LO PUBLICADO

Enero (1973)

En un proyecto secreto, dos pilotos de la USAF (Fuerza Aérea Norteamericana) viajan en el tiempo al año 30 de nuestra era. Concretamente, a la provincia romana de la Judea (actual Israel). Objetivo aparente: seguir los pasos de Jesús de Nazaret y comprobar, con el máximo rigor, cómo fueron sus últimos días. ¿Por qué fue condenado a muerte? ¿Quién era aquel Hombre? ¿Se trataba de un Dios, como aseguran sus seguidores?

Jasón y Eliseo, responsables de la exploración, viven paso a paso las terroríficas horas de la llamada Pasión y Muerte del Galileo. Jasón, en su diario, es claro y rotundo: «Los evangelistas no contaron toda la verdad». Los hechos, al parecer, fueron tergiversados, censurados y mutilados, obedeciendo a determinados intereses. Lo que hoy se cuenta sobre los postreros momentos del Maestro es una sombra de lo que sucedió en realidad. Pero algo falló en el experimento, y la Operación Caballo de Troya fue repetida (eso le hicieron creer al mayor norteamericano).

Marzo (1973)

Los pilotos norteamericanos «viajan» de nuevo en el tiempo, retornando a la Jerusalén del año 30. Allí comprueban

la realidad del sepulcro vacío y las sucesivas «presencias» de un Jesús resucitado. Los científicos quedan desconcertados: la resurrección del Galileo fue incuestionable. La nave de exploración fue trasladada al norte, junto al mar de Tiberíades, y Jasón, el mayor de la USAF, asiste a nuevas apariciones del Resucitado. La ciencia no sabe, no comprende, el porqué del «cuerpo glorioso».

Jasón se aventura en Nazaret y reconstruye la infancia y juventud de Jesús. Nada es como se ha contado. Jesús jamás permaneció oculto. Durante años, las dudas consumen al joven carpintero. Todavía no sabe quién es realmente.

A los veintiséis años, Jesús abandona Nazaret y emprende una serie de viajes «secretos» de los que no hablan los evangelistas.

El mayor va conociendo y entendiendo la personalidad de muchos de los personajes que rodearon al Maestro. Es así como *Caballo de Troya* desmitifica y coloca en su justo lugar a protagonistas como María, la madre del Galileo, a Poncio y a los discípulos. Ninguno de los íntimos entendió al Maestro, y mucho menos, su familia.

Fascinado por la figura y el pensamiento de Jesús de Nazaret, Jasón toma la decisión de acompañar al Maestro durante su vida pública o de predicación, dejando constancia de cuanto vea y oiga. Eliseo le secunda, pero por unas razones que mantiene ocultas. Nada es lo que parece. Para ello deben actuar al margen de lo establecido oficialmente por Caballo de Troya. Y aunque sus vidas se hallan hipotecadas por un mal irreversible —consecuencia del propio experimento—, Jasón y Eliseo se arriesgan a un tercer «salto» en el tiempo, retrocediendo al mes de agosto del año 25 de nuestra era. Buscan a Jesús y lo encuentran en el monte Hermón, al norte de la Galilea. Permanecen con Él durante varias semanas y asisten a un acontecimiento trascendental en la vida del Hijo del Hombre: en lo alto de la montaña sagrada, Jesús «recupera» su divinidad. Ahora es un Hom-

bre-Dios. Jesús de Nazaret acaba de cumplir treinta y un años.

Nada de esto fue narrado por los evangelistas...

En septiembre del año 25 de nuestra era, Jesús desciende del Hermón y se reincorpora a la vida cotidiana, en la orilla norte del *yam* o mar de Tiberíades. No ha llegado su hora. Parte de su familia vive en Nahum (Cafarnaum), en la casa propiedad del Maestro. Los pilotos descubren una tensa relación familiar. María, la madre, y parte de los hermanos no entienden el pensamiento del Hijo primogénito. La Señora, especialmente, cree en un Mesías político, Libertador de Israel, que expulsará a los romanos y conducirá al pueblo elegido al total dominio del mundo. Se trata de una grave crisis —jamás mencionada por los evangelistas— que desembocará en una no menos lamentable situación...

Movidos por el Destino, Jasón y Eliseo, tras una serie de aparentes casualidades, viajan al valle del río Jordán y conocen a Yehohanan, también llamado el Anunciador (hoy lo recuerdan como Juan, el Bautista). Nada es como cuentan la historia y la tradición. El diario del mayor resulta esclarecedor. De regreso a Nahum, los exploradores descubren a un Jesús obrero, que espera el momento de inaugurar su vida pública. Todo está dispuesto para la gran aventura...

El mayor regresa con el Bautista y descubre en él una grave enfermedad de la que tampoco hablan los evangelistas. Descubre igualmente que las ideas del Anunciador sobre el reino nada tienen que ver con las del Maestro. Descubre que algunos de los discípulos de Yehohanan —Pedro, Andrés y Judas— son los futuros apóstoles de Jesús. Y Jasón descubre que no todo en la Operación Caballo de Troya es trigo limpio... El mayor descubre a un Jesús leñador y asiste al bautismo del Galileo, pero no en el río Jordán. Nada fue como lo contaron. Finalmente, Jesús se retira a las colinas situadas al este del Jordán y allí permanece durante cuarenta días. No era el desierto, y tampoco ayunó. El lugar se llamaba Beit Ids. Allí sucedieron algunos he-

chos extraordinarios que tampoco fueron transmitidos por los evangelistas. Jesús planificó lo que, en breve, sería su vida pública. Trabajó en la recogida de la aceituna y...

CABALLO DE TROYA 9

EL DIARIO (NOVENA PARTE)

30 DE ENERO, MIÉRCOLES (AÑO 26) (TERCERA SEMANA EN BEIT IDS)

Jesús de Nazaret siguió descendiendo por la ladera con sus habituales zancadas. El objetivo, parecía claro, era «Matador», el maldito jovencuelo que gobernaba la banda de los *dawa zraḡ* (la «maldición de la langosta» en el lenguaje de los *badu*, los beduinos de Beit Ids). Por detrás, a escasa distancia, le seguía Dgul, el capataz del olivar, con la «tembladera» entre las manos. Ambos parecían dispuestos a terminar con aquella lamentable situación. Y yo, sin pensarlo, me fui tras ellos. Pero, lamentablemente, cuando apenas había dado un par de pasos, el árabe agitó de nuevo la antorcha que sostenía en la mano derecha y la arrojó al interior de la canasta. Me detuve espantado. Las llamas prendieron en las ropas del niño y, al instante, Ajašdarpan se convirtió en una bola de fuego. El enebro (una especie de aguardiente), vertido por aquel canalla sobre los harapos del pequeño de los huesos de «cristal», resultó determinante. Las llamas se propagaron veloces. Y el árabe acertó a gritar por segunda vez:

—*Smiyt... i... qatal!* (Mi nombre es «Matador»).

Sentí cómo el mundo se derrumbaba. El Maestro y el capataz no habían llegado a tiempo...

Fue todo tan rápido...

Y en eso, nada más arrojar la tea en la canasta de cornejo, y gritar su nombre, «Matador» cayó fulminado. ¿Qué ha-

bía sucedido? Jesús y Dgul estaban a punto de alcanzar la espuerta en la que ardía el niño.

Comprendí.

Por detrás de aquel malparido apareció la figura de la mendiga, tambaleante, y con una piedra en la mano izquierda. La mujer lo había golpeado en el cráneo y Qatal cayó a sus pies. El resto de la banda, al percatarse de la suerte de su jefe, soltó las ollas que blandían como mazas, y con las que habían aplastado a Ajašdarpan, y huyó por el olivar.

Todo quedó en silencio. Todo el mundo miraba hacia la canasta de madera en la que se consumía el niño.

Supuse que estaba muerto...

Y al llegar frente al fuego, el Maestro, sin dudarlo, se despojó de la túnica y la arrojó al interior de la espuerta, al tiempo que palmeaba sobre el cuerpo de la infortunada criatura en un intento por sofocar las llamas. Dgul se unió a Jesús y, entre ambos, procedieron a rescatar al niño del interior de la canasta. Y en el suelo, de rodillas, continuaron el dudoso trabajo, en un más que difícil intento por salvar la vida del pequeño. El resto de los *felah* se movilizó y acudió en ayuda de Jesús y del capataz. Yo, desconcertado y roto, me fui tras ellos.

Alguien procedió a apagar el fuego que, prácticamente, había consumido la canasta. El Maestro continuaba de rodillas. El niño no se movía. Tampoco escuché un solo gemido. Deduje que, tras los golpes y el incendio, Ajašdarpan tenía que haber muerto. Nadie, en su estado, hubiera resistido algo semejante.

Y durante algunos segundos, eternos, nadie hizo nada; nadie dijo nada. Jesús, con el cabello recogido en su habitual cola, permanecía inmóvil, mudo y con la vista fija en la túnica blanca que envolvía a la criatura.

Mala suerte, pensé.

Y el capataz procedió a retirar la túnica. Al contemplar al pequeño, un murmullo se alzó entre los campesinos. Quien

esto escribe bajó la mirada, horrorizado.

«Ajašdarpan está muerto». Ése fue mi pensamiento al contemplar al niño. Dgúl trató de encontrar algún vestigio de vida en el cuerpo carbonizado. Yo intenté superar el dramático momento y me concentré en una atenta observación de la criatura. El capataz negó con la cabeza. Era la primera vez que no le veía sonreír. Busqué el pulso y, ante mi sorpresa, comprobé que el bueno del capataz estaba equivocado. El niño presentaba un pulso débil y filiforme, como un hilo. Quedé asombrado. Aquella criatura resistía con todas sus fuerzas. El panorama, sin embargo, era desolador. Las llamas lo habían consumido, prácticamente. El cuerpo, sin ropas y sin pelo, era una costra negra, apergaminada hasta el desbridamiento, y colonizado por un buen número de flictenas (ampollas) de todos los tamaños, que variaban entre el blanco y el rojo cereza. No distinguí zona del cuerpo que no se hubiera visto afectada por el fuego. Las quemaduras del tórax y de las extremidades eran especialmente graves. Las llamas, que probablemente habían superado los 70 grados Celsius, habían dejado al descubierto, bajo la escara o costra negruzca, parte de los músculos y de los huesos. Aunque el fuego había afectado gravemente a la cabeza y a la cara, provocando la atresia (oclusión de las aberturas naturales, especialmente de la nariz), Ajašdarpan mantenía una respiración debilísima, pero suficiente. El resto de la exploración fue igualmente terrorífica. Era un milagro que el niño siguiera con vida. Las quemaduras en los pies y en los genitales externos eran muy profundas, y lo mismo sucedía con los pliegues de flexión, cuello y zonas de cicatrización queloidianas (región deltoidea y cara anterior del tórax). Recurrí a la llamada «regla de los 9», de Wallace, para intentar conocer la extensión aproximada de las quemaduras^[1], aunque sabía que este procedimiento no era el ideal en el caso de un niño, debido a las proporciones, relativamente distintas, de la cabeza, extremidades y tronco. Repetí la operación y el resultado, siempre aproxi-

mado, me dejó sin aliento: más del 80 por ciento del cuerpo aparecía consumido por las llamas. El pronóstico, por tanto, era muy grave. La probabilidad de muerte era elevadísima.

Dgul me observó, impaciente. E hice lo único que podía hacer. Le dije la verdad. El niño tenía pocas posibilidades de salir adelante. Aun así, el voluntarioso capataz se dirigió al grupo de *felah* que seguía atento y ordenó a las mujeres que dispusieran de agua fría y limpia y aceite en abundancia. No repliqué.

El Maestro continuaba inmóvil, atento al niño y, supongo, a mis exploraciones.

No pude ser preciso a la hora de evaluar el tipo y la profundidad de las quemaduras. El cuerpo, como dije, era un amasijo de ampollas y carne carbonizada. Había quemaduras de segundo grado y, sobre todo, de tercero y cuarto^[2]. Supuse que, al margen del intenso dolor inicial, Ajašdarpan no había sufrido demasiado. Las quemaduras de tercer y cuarto grados habían destruido las terminaciones nerviosas y eso, aunque no significaba un consuelo, al menos me hizo sospechar que el dolor había desaparecido. Otra cuestión era el *shock* y las posibles infecciones que podían derivarse de las terribles quemaduras. Lo más probable es que el niño de los huesos de «cristal» hubiera experimentado ya un *shock* hipovolémico, como consecuencia de la enorme pérdida de fluidos corporales. Yo no podía medirlo en esos momentos, pero deduje que el aporte sanguíneo había descendido bruscamente. Aquello hacía más comprometida su situación. Para compensar el *shock* hubiera tenido que administrarle entre 100 y 200 mililitros/hora de un *ringer lactato*. Pero eso, obviamente, era imposible. Examiné nuevamente las quemaduras y comprendí que, si seguía vivo, las infecciones no tardarían en asaltarlo. Al destruir la epidermis, la invasión bacteriana se presentaría de inmediato. Primero los estreptococos y los estafilococos; después,

a los pocos días, las bacterias gramnegativas y una extensa flora mixta^[3].

Me sentí desolado. Había empezado a experimentar afecto por aquel infeliz...

En cuanto a las fracturas, sinceramente, me negué a explorar. El pequeño, como ya relaté, padecía una enfermedad extraña, una osteogénesis imperfecta^[4], como resultado de un defecto genético. Los huesos presentaban una extrema fragilidad, como el cristal, con deformaciones esqueléticas, articulaciones sin fuerza, musculatura débil y una piel frágil, con cicatrices hiperplásicas, siempre llena de moratones. Los golpes, con seguridad, habían pulverizado los huesos, provocando toda clase de fracturas; algunas, supuse, de especial gravedad. Pero me negué a una palpación inicial. No deseaba añadir dolor al dolor...

La muerte se presentaría en cuestión de minutos; quizá, con suerte (?), en horas. Y yo no podía hacer absolutamente nada. Me sentí frustrado. Más que eso: me sentí aplastado por la impotencia y por una tristeza infinita, como hacía mucho que no experimentaba. Necesitaba alejarme de aquel lugar. Y pensé en regresar al olivar, o quizá a la cueva. Eché un vistazo a mi alrededor. Fue entonces cuando reparé en «Matador». Casi lo había olvidado. Permanecía inmóvil, a escasa distancia. Y necesitado, como digo, de un respiro me alejé del niño y de los que lo rodeaban.

Aquel otro infeliz, porque de eso se trataba, sin duda, estaba muerto. La afilada piedra utilizada por la mendiga le había abierto la base del cráneo. Y allí seguía, incrustada en el hueso occipital, relativamente próxima a la nuca. De la mendiga, por cierto, ni rastro. Nadie se había preocupado del árabe, de momento. Y deduje que el resto de la banda no tardaría en volver. Aquel asunto no estaba cerrado... Y temí lo peor. ¿Debía convencer al Maestro para abandonar aquel lugar? Aquello empezaba a tener mala cara.

El cielo siguió cubriéndose. La lluvia «dócil» —la *es-sa ra*—, como la llamaban los *badu*, no tardaría en presentarse. ¿Qué hacer? El instinto tiraba de mí. Hubiera sido más prudente alejarse de la colina «800» y retornar a nuestro hogar, en la cueva de la llave. Pero sólo era un observador. No debía decidir.

Y en esos instantes, mientras me debatía entre estos pensamientos, oí aquella familiar voz. Era Jesús. Cantaba en hebreo. Me puse en pie y contemplé al grupo. Las mujeres acababan de regresar. Portaban el agua y el aceite solicitados por Dgul. Habían extendido una esterilla de hoja de palma sobre el terreno y, al parecer, aguardaban la orden para atender al niño. Todos parecían desconcertados. Regresé junto al capataz y lo que vi también me dejó perplejo...

El Maestro había tomado a Ajašdarpan y lo mantenía abrazado contra su pecho. Los brazos del pequeño colgaban inermes. La cabeza, carbonizada, descansaba sobre el poderoso hombro izquierdo del Maestro.

Sentí un escalofrío.

Jesús, de rodillas, acunaba al pequeño con un suave movimiento de los brazos. Todos, como digo, nos hallábamos perplejos.

El Galileo mantenía los ojos bajos y entonaba un salmo...

—Revivirán tus muertos... mis cadáveres se levantarán... se despertarán, exultarán los moradores del polvo...

Creí reconocer los versículos. Eran del profeta Isaías (26, 19).

Dgul, poco a poco, fue perdiendo su habitual sonrisa, hasta que desapareció. ¿Qué estaba sucediendo? Supuse que todos los allí presentes entendieron que Jesús se despedía del pequeño Ajašdarpan. Eso fue lo que interpreté pero, una vez más, me equivoqué...

Y fue la evidencia lo que me devolvió al buen camino. Jesús elevó el tono de su voz y levantó el rostro hacia el nu-